

## AL MORIR EL AÑO...

# EXHORTACIÓN A CASTILLA

## UN BELLO LEMA

Rueda un año más al abismo... Y nuestros ojos, fatigados de la contemplación del presente, quieren hoy, evocando un retazo del pasado, marcar un destello al porvenir no sólo de la Mancha, sino del alma entera de Castilla... ¿Hablar de esta tierra...? ¿Hablar de estas infértiles extensiones rocosas que riegan con sus lágrimas los braceros...? ¿Hablar de este ambiente...? ¿Hablar de esta vida...? Sí... Con la vista fija en un futuro de mejores realidades, en un mañana de posibles esplendores, ¡hablemos, sí, de todo esto...!

De las horas monótonas, quietas, estériles, transcurridas tediosamente bajo un cielo diáfano o nuboso, pero siempre infinito... De los llanos sedientos, invariables, empobrecidos, negruzcos, esquilmados, por los que atraviesa alguna vez el férreo cordón de un tren lujoso, que en su vértigo ciego va dejando una estela de memorias cortesanías... De los caminos largos, serpenteantes, polvorientos o embarrados, según la fisonomía de la época, que se estufan en las estepas rasas como trazos difusos de un anhelo imposible... De los majestuosos monasterios medievales, que aún elevan nostálgicamente sus torres agrietadas en el vértigo tumultuario de los tiempos; esos graves monasterios decrepitos que albergaron a tantos genios de la raza, ávidos de lavar sus conciencias mundanas en las tranquilas aguas del misticismo... De los callejones tortuosos y lóbregos salpicados de celosías, tras las que alguna noche remota fulguraron los bellos ojos de una dama al ver entrechocarse en la penumbra las brillantes espaldas de dos galanteadores rivales, ambos enloquecidos por los ojos recatados y bellos... De las creencias candorosas, pueriles, que empujó hasta nosotros la mecánica celeridad de una inercia nociva... De los palacios solitarios, derruidos, mudos, que en días lejantísimos habitaron próceres... De las planicies anchas... De las angostas almas... De todo lo perenne, de todo lo recóndito, de todo lo «clásico», en suma, cuyo aroma todavía flota en el aire, todavía se aspira, ¡todavía!, porque tal vez constituya, ¡todavía!, la esencia del presente ¡y quien sabe si la del porvenir...!

Aquí, en estos yerros abandonados, exhaustos, en estos apartados lugares invadidos de paz y de misterio, es donde las alas del espíritu se recogen más en sí mismas, donde la voluntad se reintegra a su positivo valor... Yace todo en un sopor imperturbable, del que no parece ha de redimirse jamás; aridez, indolencia, severidad, éxtasis, marasmo... ¡Oh, brava Castilla...! ¡Quién pudiera exaltar sus entrañas...! ¡Quién pudiera romper el sueño de su dormido corazón...!

¡Castilla! Solo pronunciando este nombre florece en el espíritu una evocación recia, que nos dice de heroísmos legendarios, de aventuras pretéritas, de glorias eclipsadas, de fulgores lejanos... ¡Castilla! Originarios dominios de Bardulia, corazón del espíritu ibérico, blindado otras veces de inexpugnables fortalezas, sereno ante las más conmovedoras hecatombes... ¡Castilla! Cuna de inquisidores, de guerreros, de santos, de legistas, de reyes, de teólogos, de poetas... ¡Castilla! Tierra amasada con cuerpos de mártires, indiferentes al inmolarse sus austeras vidas en nombre de un dogma inflexible... ¡Castilla! Madre del patrio idioma, incubadora de la raza, que nos ha legado un sedimento de tristeza reconcentrada y sorda, un dejo de amargor adusto, de valerosa desesperanza... ¡Castilla! Matriz de duras voluntades, de energías titánicas, de abnegaciones hondas, casi siempre cristalizadas en poderosos, en indomables fanatismos... ¡Castilla! Archivo de ancestral superstición, emporio de rancias leyendas aún no desvaídas, aún perdurables a través de las nebulosas centurias que el tiempo dejó atrás... ¡Castilla! Suelo ordinariamente costroso, res-

quebrado, seco, sobre el que vive inclinada perennemente una casta de seres hurafios, modernos esclavos, cuyas sombrías almas de bronce se han petrificado en una postración desesperante, angustiosa... ¡Castilla! Inmenso solar ennoblecido por la pátina de las edades, teatro de aventuras trágicas, seno de añejas civilizaciones, símbolo de empresas briosas, memorable crisol en que un día remoto se fundieron los caracteres más templados, los entusiasmos más viriles... ¡Castilla! Mesetas desoladas, murallas semiderruidas, vagos perfumes del Romancero, desgastados escudos nobiliarios, descoloridos pergaminos, silenciosas ciudades, vastas llanuras ateridas de frío o anegadas en sol, colonos arruinados por la usura, pegajaleros míseros, cúpulas renegridas de seculares templos, horizontes que la vista no alcanza a definir... ¡Castilla! Alcázares de almenajes desdentados, misterioso murmullo de plegarias, vestuos caserones solariegos, quejumbrosos plañidos de campanas, magníficas catedrales góticas coronadas por cruces mohosas... ¡Castilla! Panorpias legendarias, ventanas voladizas, gruesos portones claveteados, hogueras medioevales, desfallecientes Cristos, lámparas devotas, inquietudes del Greco, monjes en oración, zarpas de leones, garras de águila imperial... ¡Castilla! Ni una gallarda flor esperanzada en la inmensidad de sus páramos, ni una gentil idea en la mente de sus hombres... ¡Castilla! En erial mucha parte de su tierra en erial los corazones... ¡Castilla!

Abatimiento, resignación, inelencmia, añoranza...  
¿Cuándo se desvanecerá su letargo, su ceguera morbosa de conciencia...? ¿Cuándo saldrá de su modorra, de su pasividad, de su consternación insana...? ¿Cuándo desterrará su oscura servidumbre...? ¿Cuándo ha de quebrar su hechizo brujo...? ¿Cuándo su vieja sangre latina cobrará nuevos ímpetus...? Ello es preciso... Es preciso que resucite, que yerga—hinchida de grandeza—su gemebunda frente, que emerja de entre sus escombros victoriosa, tenaz, fortalecida, preñada de pujanzas, que redima de la explotación sus llanuras; que ponga fin a su estertor agónico; que desenclave su vista de los duros terrones, alzándola hacia un ideal noble y humano; que ahuyente las perniciosas tenebrosidades de espíritu creadas por las generaciones idas; que renazca a un vivir fecundo e intenso; que desheche su languidez extenuante; que aplaste sus medrosos de ultralumba, que trueque su descorazonamiento en optimismo; que sueñe, que contienda, que brille, que piense, que sacuda su encrespada melena de leona abatida, de leona que se desespera desenterrando sus músculos febriles en un estremecimiento arrogante, para que su nombre—¡Castilla!—torne a descollar como una enhiesta cúspide...

Es necesario, pues, no cansarse de enriquecer las inteligencias depauperadas y marchitas; de orear los intranquientes, los enranciados cerebros, colmándolos de ideas amplias, impetuosas, audaces, y desnudándolos de aquellos inútiles resabios que son el oprobioso lastre de todo rasgo innovador, de todo empeño levantado, de toda orientación altruista... Hay que ser un poco exaltados, un poco románticos; hay que asimilarnos un átomo siquiera del alma emprendedora del Quijote—el invicto soldado de Lepanto—, a quien hemos olvidado demasiado, avanzando mucho más lejos de donde él quiso avanzar, de donde él se propuso conducirnos... La grotesca figura de Sancho mirando siempre a ras del suelo, es de un obtusismo mezquino, de una zafia pobreza intelectual y ética que urge raspar a toda prisa del sensorio colectivo como se raspa despiadadamente de la piel una invasión de sarna... ¡Malpocada Castilla! Es preciso mirar arriba, a las alturas inaccesibles, a los amplios espacios azulados,

aunque adivinemos que sobre las inaccesibles alturas, sobre, los espacios, azulados, purísimos...

...Mas hagamos alto, demos término a nuestras disquisiciones desgarradas, y démosle término brindando a los hijos de esta sufrida tierra parda—áspera, adusta, melancólica—, si quieren intentar sacarla de la preterición y de la muerte, las maravillosas palabras de otro Quijote más moderno—de Federica Nietzsche—cuando decía a sus discípulos: «Que vuestro amor a la Vida sea amor a vuestras más altas esperanzas, y que vuestras más altas esperanzas sean el más alto pensamiento de la Vida».

¡Ahí tenéis, para conquistar el porvenir, una clave magnífica!  
¡Ahí tenéis el nervio de esta exhortación!  
¡Ahí tenéis un bello lema!

Manuel CAMACHO BENEYTEZ

## PAJARITAS DE PAPEL

# Holgóricos Pascuales

Fué la semana que corre pródiga en «bullanguerías», para memorar el fausto nacimiento del Mesías, que el vulgo ignaro celebra con murgas estrepitosas, banquetes descomunales y libaciones copiosas, pues es cosa de cajón festejar la Nochebuena, con una pantagruélica y heliográbica cena, en la que juntos sucumben, a nuestro capricho esclavos, los besugos escamones y los vanidosos pavos, que, alegres, ingurgitamos, con la rapidez del rayo, tras de mir la «cacareada» y «caja» del gallo.

Por la calle, alborotando, van los jóvenes amables, con zambombas y otros chismes a cual más desagradables; también las mozas se animan, y salen de «pendoneo», satisfaciendo su innata afición al zambombo; el que dormir no consigue con tan infernal ruido, se pasa toda la noche desesperado y molido, pues a más de la molestia que le produce el desvelo, parece cual si los socios quisieran «tomarle el pelo», ya que, con terca insistencia, no cesan de repetir: «Esta noche es Nochebuena y no es noche de dormir!»

Otra proverbial costumbre, que nunca olvida la gente, es pedir el «aguinaldo» a todo bicho viviente, pues juzgan que es ocasión propicia la Nochebuena, para dar un estratégico asalto a la bolsa ajena, y un «porción» de pedigueños de todos sexos y edades nos acosan, deseándonos la «mar» de felicidades; deseo que decir quiere, en el lenguaje vulgar, que la «rica pastizara» tenemos que «apouinar». Estas son las expansiones que nos alegran la vida, y que, sin duda, nos hacen la Pascua más divertida.

Cuando la Pascua ha cesado, con tan gratos alicientes, viene el candoroso día de los Santos Inocentes; que aún existen en el mundo gentes bienaventuradas, que la gozan de lo lindo dando las «inocentadas»; cual si la vida no fuera, desde la cuna a la fosa, una pura inocentada burlesca y empalagosa. Disfrutamos de este año los postrimeros hechizos (¡y que ha sido de «pronóstico!»), como dicen los «castizos».

Lector, el escalón último quiero que animoso subas, para que puedas, contento, comer las clásicas «uvas», a ver si el año que nazca mientras las estás tragando, no tiene tan «mala uva» como este que está «pa'mando»

TOMÁS ALMODÓVAR

## CRONICA

# DESDE EL TREN

Cuando voy de viaje me gusta llevar todas las cosas que no me hacen falta: tabaco, libros—que necesariamente dejo olvidados en la redecilla—ganás de charlar, ganás de pensar...

Aquella vez llevaba una de las cosas que siempre hacen falta: un amigo.

Cuando se comienza un viaje y se lleva billete de primera hay que perder la esperanza de encontrar asiento. Aunque el vagón esté en cuadro y los departamentos vacíos, alguien, no se puede saber quien, ha repartido en los sillones maletas, periódicos, paquetes, sombreros, mantas de viaje... Pero al fin se halla lugar y pasada la primera repulsa con que siempre se recibe en el vagón a un nuevo compañero se va tan ricamente.

A los pocos momentos sentía yo la comezón espiritual de los viajes, el placer de la velocidad, de sentirse desarraigado, de perder la paz y quietud de los días iguales y tenía ganas de hablar, de que viajara un poco también el pensamiento. Como ya he corrido bastantes tierras de España, tan diferentes como si fueran de distinta nación, me parece algo soso contar mentiras a los compañeros de viaje...

Pensando en esto y asociando ideas por caminos desconocidos rompí a hablar:

—He observado, amigo mío, que las conversaciones de los hombres acerca de su vida están en razón opuesta con sus hechos. Es decir, que así como nadie dice sinceramente lo que hace, tampoco nadie hace o ha hecho lo que cuenta. Esto tiene por objeto demostrar la necesidad de la mentira. La mentira es objeto de un culto que consolida toda la moral universal; la mentira es el calmante de las ansiedades del alma; lo único que puede llenar el vacío de una existencia monótona, la glosa al Libro del Destino... El que sabe mentir bien, vive una vida, que diría Ibsen, más estupenda que la del más agitado aventurero puesto que puede ser constantemente variada y renovada. Lo importante no es hacer las cosas, sino que los demás crean que se han hecho... Si, hace falta mentir: la mentira es indestructible e inatacable: es inmoral declarar contra ella porque los méritos de muchos hombres e instituciones la tienen por base: la buena educación y la discreción prohíben demostrar a nadie que ha mentido...

Pronto me arrepentí de haber despachado tanta paradoja. Mi amigo meditaba absorto. Me vi en la obligación de darle un cigarro. Pausa larga. Se acercaba la noche...

Fijé los ojos en el crepúsculo luminoso, característicamente manchego, largo, bellísimo... Los colores eran intensos, brillantes y armonizaban maravillosamente con el cielo claro y la tierra ensombrecida. Unas nubes ahiladas, horizontales, parecían ascuas candentes en un mar tranquilo ¡Así quisiera yo la vida: ilusiones candentes siempre flotando en un mar de felicidad!

—Mira, amigo mío. ¿Has visto algún cielo más lleno de luz y de matices, has oído algún silencio tan dominante y sugerente como este? Esta tierra tan abierta, tan fundida en esta hora con el cielo, da la inquietud de andar, de alcanzar el horizonte malva: hace sentir la sed del jallá lejos, muy lejos, más lejos... Un atardecer en un valle montañés recoge el alma en un silencio hondo, quita los deseos de traspasar el monte oscuro. ¡Allí, siempre allí! ¡A vivir cobijado en las sombras familiares de la casona vieja, en el húmedo rincón amado, bajo los árboles centenarios, en la serenidad nirvana de la vida tradicional! En cambio esta tierra es demasiado amplia para que el alma la llene y encaje en ella. Ningún manchego sabe dónde termina la Mancha; Don Quijote huyó de su casa porque veía abierto a su ideal un horizonte inalcanzable, porque le dominaba el ansia de escudriñar en la misteriosa lejanía... ¡Andar, andar siempre, a lograr una utopía sobre el caballo escuálido más tarde que las ilusiones! Ni aún al anochecer se quita esa inquietud; parecen ver el sol que cae lento iluminar plenamente otras tierras lejanas; se diría que nos llama. Los grandes destinos

del español están fuera de su tierra; ¡cuántos manchegos han dejado de ser Pizarros, Corteses, Almagros y Quijotes por no salir una madrugada de su pueblo para volver a él a morir cansados de hazañas y cubiertos de gloria! ¿Por qué estos hombres que no pasaron de mediocres en sus pueblos supieron allá lejos, los unos llenar el mundo de ideas y los otros conquistar provincias más grandes que naciones? No hay más que una razón: que se vieron sumidos en torbellinos de agitaciones y se manifestaron potentes sus ocultas energías. Hoy no tiene el mundo turbulencias bélicas y conquistadoras como antaño, pero tiene ansias de renovación, de prosperidad, de justicia natural, de sabiduría y arte... El problema de la Mancha lo resolverían los manchegos en cuanto se sumieran en el torbellino del mundo con todas sus fuerzas y energías vírgenes; en cuanto los manchegos partieran a la conquista material y moral de La Mancha.

La Mancha está poco estudiada y lo poco que está con bastante arbitrariedad. Los escritores que han hablado acerca de ella se dividen en dos clases: unos hablan de los tediosos poblachones y otros de los desesperantes agros manchegos: ambos se parecen en que han hecho sus observaciones desde un vagón del ferrocarril o desde un coche, y cuando más, han charlado con algún abúlico y desconcertado manchego que no suele ser escaso en poner defectos al país que habita aunque desde luego afirme que no hay otros mejores. El campo manchego está muy despreciado y puede decirse que es lo mejor de la Mancha, el filón de sus esperanzas... Yo nunca he hallado en él esa desolación hosca, imposible de remediar con que se le moteja. Al campo manchego sólo le falta lo que sus hijos le han negado desde que murieron para la historia los oretanos; amigos del bosque y de la libertad...

Pero miremos al crepúsculo... La noche llegaba insensiblemente. Recordando escuetas sobre las ondulaciones del horizonte y el cielo morado, parecían vagar las siluetas de Don Quijote y Sancho; Don Quijote altivo, enhiesta la lanza, fulgiendo su armadura a los últimos rayos del sol; Sancho hundido en su sombra... Marchaban en pos de una utopía, a buscar en los recodos de los caminos, galeotes a quienes liberrar, infelices a quienes socorrer; a conquistar más en su corazón, que en la llanura, su Gloria...

En ellas estaba vinculado el genio de la Raza, humilde y desconocido en su solar, grandioso cuando sale por los caminos del mundo.....

FRANCISCO DE LA IGLESIA LEON

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camacho Beneytez, Director; David Rayo; Redactor-jefe; Jesús Gómez Rodríguez, Administrador y redactor; Tomás Almodóvar, Rufo Fernández, Alberto López, Rogelio Hernández de la Torre, G. Dicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Relimpio, Ramón Cañizares, José Almodóvar Múgica, Alejandro Alcalde Redondo y Ramón Cabañas.

COLABORACION: Alejandro Alcalde, Carlos Calatayud, Ángel Dotor, Francisco Tolsada, Luciano de Cea, Ramón Carande, Miguel Sánchez Migallón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Marínón, Ramón Ordóñez Beixer, José Ramón Quesada, Claro Coello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Ruiz, Mercedes Pinto, Manuel de los Ríos Mosquera y Antonio Alarcón Castilla

Este número se publica con la Censura Militar.

